

Retóricas y contraretóricas del discurso de la descolonización

Rhetoric and counter-rhetoric of decolonization discourse

Luis Javier Hernández Carmona¹

Resumen

El discurso descolonizador se genera a través de las visiones de la utopía, o de las concepciones de la ideología, se podría apuntar hacia una conversión de los mecanismos de enfoque o perspectivas a lograr dentro de la heterogeneidad cultural; quizá en esas particularidades nos encontraremos frente a una retórica y contraretórica que permitan asirnos a principios ciertos de análisis dentro de la argumentación académica.

Palabras Claves: Descolonización, Discurso, Interculturalidad, Retorica, Contraretórica.

Summary

The decolonizing discourse is generated through the visions of utopia, or the conceptions of ideology, one could point towards a conversion of the focus mechanisms or perspectives to be achieved within cultural heterogeneity; perhaps in these particularities we will face a rhetoric and contra-rhetoric that allow to adhere to certain principles of analysis within academic argumentation.

Keywords: Decolonization, Speech, Interculturality, Rhetoric, Counter-theoretical.

¹ Es profesor titular de la Universidad de los Andes, Venezuela. Doctor en Ciencias Humanas (LUZ) y coordinador General Laboratorio de Investigaciones Semióticas y Literarias (LISYL-ULA). Miembro Correspondiente de la Academia Venezolana de la Lengua. Correspondiente de la Real Academia Española. Correo electrónico: luish@ula.ve

1.- LOS PLANOS SIGNIFICADOS DE LA HETEROGENEIDAD CULTURAL

El todo en su sentido identificante es lo general de aquello que los hombres, en el fondo, quieren. Esta identidad de todos los sueños soñados despierto, de todas las esperanzas, utopías, se encuentra en el fondo oscuro, pero es asimismo el fondo de oro sobre el que se han pintado las utopías concretas. Todo sueño diurno serio apunta a este doble fundamento como a su suelo patrio; es la experiencia todavía inencontrada, la experimentada todavía-no-experiencia en toda experiencia llegada a ser hasta ahora (Ernst Bloch. *El principio esperanza*, vol. I, p. 369).

Bajo la premisa, ¿los discursos de la descolonización se pueden institucionalizar?, quisiera volcar la mirada hacia el componente ideológico que intenta hacer vinculaciones entre lo descolonizador y la gobernabilidad; de igual manera, a lo utópico sostenido en lo cotidiano y fuera de toda esfera del poder hegemónico. Esto es, el discurso de la descolonización centrado en el sujeto que reflexiona desde sí mismo, e inmerso en los compromisos con su entorno, reflexiona a partir de la ideología o la utopía como posibilidades de interpretación.

Ahora bien, si el discurso descolonizador se genera a través de las visiones de la utopía, o de las concepciones de la ideología, se podría apuntar hacia una conversión de los mecanismos de enfoque o perspectivas a lograr dentro de la heterogeneidad cultural; quizá en esas particularidades nos encontraremos frente a una retórica y contraretórica que permitan asirnos a principios ciertos de análisis dentro de la argumentación académica.

En tal sentido se asume la retórica discursiva como articulación significativa sustentada en la operacionalidad eminentemente persuasiva, vinculada ésta al acto de dirigirse al otro, sin necesariamente quien habla esté convencido de lo que dice. Al respecto, con referencia a la ideología, Ronald Barthes aduce: “A la ideología general corresponden, en efecto, significantes de connotación que se especifican según la sustancia elegida. Llamaremos connotadores a estos significantes, y retórica al conjunto de connotadores: la retórica aparece así como la parte significativa de la ideología” (2009, p. 58).

En consecuencia, el ejercicio de la connotación por parte de los interlocutores estará predispuesta hacia el logro de objetivos claramente definidos en la acción ideológica, por

sobre cualquier otro interés u operación discursiva, que generalmente desplaza al sujeto a los planos de la subordinación. De esta forma, estamos frente a la constitución de una retórica del poder que institucionaliza los valores en cuanto a los propósitos ideológicos, mediante la configuración de ideologemas como connotadores o reproductores de la ideología a implantar.

En función a lo anterior es importante recalcar los procesos de desubjetivación a los que son sometidos los individuos dentro de la retórica del poder, creando conflictos inter y extra discursivos, que a su vez, conforman una retórica cultural mediada por las relaciones interculturales, en las cuales, surgen contraretóricas para forjar alternativas de significación. Siendo entonces esta desubjetivación el desarraigo del individuo de sus espacios primordiales, de sí mismo y todos aquellos elementos vinculantes con la cultura ancestral-originaria en su incidencia con el devenir de los tiempos y espacios.

Tomando en consideración las nociones de *retórica cultural* a partir de los planteamientos de Albaladejo, quien postula a través de ella una corriente de investigación para vincular retórica y cultura dentro de las posibilidades de abordaje de las relaciones de significación en cuanto formas expresivas para dar cuenta de los fenómenos culturales;

Por tanto, la Retórica es clave en la cultura y en la enseñanza [...]. A su vez, la cultura tiene una función imprescindible en la Retórica, tanto en lo que se refiere a los contenidos del discurso como al carácter cultural de su construcción y, por tanto, a la consideración del propio discurso retórico como una construcción cultural, como Francisco Chico Rico: La Retórica cultural en el contexto de también lo es la obra literaria o cualquier manifestación poética de la pintura, la escultura, la música, etc. (Albaladejo, 2013, p. 3).

Porque no se trata de establecer vinculaciones con la cultura a manera de archivo o registro para tipificar épocas o períodos, tal y como ha hecho la historia en su afán colonizador, dejando a los sujetos a la intemperie de una auténtica ciudadanía para forzarlos a habitar otras foráneas donde son presa de la manipulación e implantación ideológica para encauzarlos hacia propósitos confesos del poder hegemónico y los discursos totalitarios. Sino más bien ofrecer alternativas de argumentación soportadas en la dinámica de las

ópticas culturales enriquecidas de las escisiones características de la heterogeneidad cultural.

Bajo esta posibilidad de acercamiento a los discursos de la descolonización es importante insistir en la retórica inserta en las sociedades a partir de las interacciones sostenidas entre ellas y los sujetos a través de las relaciones discursivas aplicadas al sostenimiento de la convivencia. Por esta razón, el discurso encarna tanto: referentes, contextos, o enunciantes en correspondencia con la dinámica cultural y sus particularidades representativas en la formulación de nociones de realidad: efectivas -reales- o imaginarias -simbólicas-; que en su diversidad, confluencias y conflictos, crean la pluralidad cultural heterogénea.

De cualquier forma esta pluralidad cultural heterogénea siempre va a generar maneras alternativas de argumentar la realidad cultural, puesto que toda intención de conocimiento-representación de esa realidad, encarna la manifestación de diferentes ideas, posiciones, intereses y concepciones del mundo ensanchado en discursos asumidos desde variadas retóricas, o más bien, a través de retóricas y contraretóricas. Para de esta manera, lo diverso constituirse en fundamento de las confluencias dentro de la dimensión productiva en el forjamiento de recursos de concienciación de los interpretantes.

Vale destacar que la heterogeneidad cultural es transferida al discurso a manera de producción comunicativa e imagen corporeizada en la interpretación, tal y como ha ocurrido con los conceptos de colonización, descolonización; retóricas y contraretóricas configurantes de la pluralidad discursiva a partir de la transversalización referencial o transdiscursiva, que en nuestro caso concreto estará sostenidas por las variables: utópica e ideológica. De esta manera la retórica a la vez de ser práctica comunicativa se convierte en espacio semiótico desde donde es posible comprender las relaciones de significación en un contexto determinado.

De hecho, vista desde la paridad oposicional colonización/descolonización la retórica se convierte en circulación social de referentes para la generación de instancias utópicas e ideológicas en cuanto a los propósitos discursivos inmersos dentro de las posiciones argumentativas esgrimidas por los enunciantes. Con esta inclinación hay que destacar la importancia del objeto referido dentro de esa dialéctica cultural, ya sea con base

en la cultura testimonial o la cultura ejercida a modo de discurso del poder y hegemonía de los lenguajes totalitarios; por demás excluyentes, discriminantes.

En tal caso al partir de la denominación de cultura testimonial se insiste con los espacios en los cuales el sujeto puede reconocerse en lo colectivo a través de instancias contingentes de vinculación idiosincrática proveedora de los rasgos diferenciadores para la procura de determinaciones específicas, al mismo tiempo, demarcar incisos en el establecimiento de transversalidades referenciales que permitan la integración dentro de la heterogeneidad cultural. Todo ello para establecer diferencias con la denominada cultura proveniente de las sociedades del espectáculo (Debord, 1967) y la mediación de la mercadería a manera de negación del sujeto potenciado en el consumo, o el anclaje en el tiempo pasado de las culturas originarias a manera de simple marcaje de épocas o períodos históricos, condenándolas a perecer en el olvido.

En particular en América la dialéctica de las paridades oposicionales ha generado diversas interpretaciones sobre un mismo acontecimiento, unidad de análisis o perspectiva de conocimiento; siendo la materia prima para la configuración de la acción comunicativa en esa práctica discursiva convertida en fenómeno de transformación retórica. De esta manera la transformación retórica establece una dialéctica entre todos los elementos intervinientes en los procesos de argumentación, siendo estos, los garantes de la generación discursiva-simbólica, inherente a la heterogeneidad cultural diversificada en agente productor de significación.

En efecto, la historia sigue siendo un muy buen ejemplo de la dialéctica generada por la transformación retórica en cuanto a un mismo referente; eso ocurre con la gesta independentista de América y sus vinculaciones con las variables de interpretación con base en el pensamiento colonizador e inserción de las tesis positivistas sobre la asimilación del hecho bélico a razón de posibilidad civilizatoria e impregnando todas las esferas del pensamiento de una iconografía que aun justifica o alienta la posibilidad de gobiernos militares como garantes de progreso, estabilidad económica, política, y social en la región.

Proyectándose esta retórica colonizadora bajo los preceptos de una incierta nacionalidad americana fundada en los principios bélicos a manera de valores fundacionales de las sociedades americanas y principios éticos a sostener en tiempos actuales, tal cual se ve reflejado a cada momento en los discursos, declaraciones de

políticos, gobernantes, congresistas y magistrados que utilizan la figura de los libertadores a modo de sustento para tesis intervencionistas de gobiernos extranjeros por vía militar a partir de las raídas tesis del *gendarme necesario* que tanto daño han hecho a nuestra América.

Aún más esta retórica del discurso colonizador se institucionaliza en los aparatos educativos para patentar esquemas de dominación en cuanto alternativas excluyentes de otras posibilidades de interpretación, y así, los preceptos educativos se hacen ajenos a la pluralidad cultural, negando su diversidad para encauzar sus postulados dentro de los llamados aparatos ideológicos del Estado; estando los procesos de transformación reglados o normatizados por una retórica del poder que busca específicamente la conservación de este.

Con motivo de esta circulación de los ideologemas dentro del entorno se constituyen las instancias retóricas que conllevan a la formación de formas autocráticas, quienes proveen la circulación de los referentes dentro de una sociedad dada para el afianzamiento de los propósitos colonizadores de los discursos del poder con base a la identificación de las prácticas retóricas en cuanto a las acciones humanas, mediante la eficacia de los medios de articulación y el modo de estructuración de cada práctica discursiva, que en el acto educativo, estará representado fehacientemente en los contenidos programáticos.

De allí que la institucionalidad rebase la labor educativa para convertirla en instancia del Estado y no del sujeto, establecerla en retórica de la dominación y sugestión de referencialidades en las cuales la masificación desplaza lo individual contenido en los mundos primordiales-afectivos del sujeto, subsumiéndolo en espacios ágrafos donde lo elemental cercena la reflexión a manera de ente integrante de una práctica social de transformación y cambio.

Este desplazamiento se puede percibir específicamente en las nociones de *patria* acuñada a lo largo y ancho de la historia americana y su homologación con lo maternal, en el intento de desplazar el referente telúrico contenido en lo ancestral-originario de los pueblos. De esta forma, *madre patria* se acuña como instancia de la colonización al entregar al preceptor un conocimiento excluyente de otras alternativas de forjamiento de la institucionalidad de una sociedad determinada por la creación de disimiles relaciones de codificación simbólica. E indudablemente en cuanto a América estará determinada por la

imagen de España en la determinación unívoca de la estructuración cultural a través del apego irrestricto a la cultura europea.

Así mismo la eficacia de los aparatos educativos dependerá de la efectividad de los procesos discursivos que sostienen los propósitos ideológicos o las prácticas retórico-políticas, a quienes no importa lo expresado en los discursos sino en los efectos logrados en las sociedades a partir de la creación de órdenes simbólicos desubjetivantes, proclives a la creación de la ajenidad de los sujetos a modo de instrumento de dominación y abono del terreno para implantar los intereses de las culturas foráneas, representantes de los objetivos mercantilistas-consumistas que garanticen su sostenimiento en el poder, y obviamente, su enriquecimiento.

Desde todas las perspectivas posibles, lo anteriormente dicho, niega la posibilidad de la heterogeneidad cultural a manera de agente dinámico en la generación de relaciones de significación y construcción de lógicas de sentido fuera de los esquemas de los discursos colonizadores, puesto que su intención redundante en la modelización de los argumentos en función de la preservación de las estructuras del centro del poder y el rechazo a las periferias, las cuales, en un momento pudieran atentar contra la hegemonía del poder. En este aspecto, cabe resaltar el fenómeno de la migración en la construcción de interesantes semiosis del migrante para el engrosamiento de la heterogeneidad cultural.

No obstante al efecto de enriquecimiento simbólico y de dinámica intercultural acarreada por el movimiento migratorio, es preciso considerar la acción emprendida por los centros del poder frente a este, tal es el caso de la migración venezolana hacia otros países de América y los efectos a producir por esta en el futuro, además del complejo campo de estudio a producirse desde el punto de vista semiótico, en particular. Pero volviendo a la acción de los centros de poder con respecto al ofrecimiento de ayuda económica a los países receptores de migrantes, es la implementación de una retórica colonizadora para postulaciones políticas de aparentes solidaridades, y no coadyuvar esfuerzos en cuanto a las causas que ocasionan el multitudinario tránsito de migrantes.

De tal manera, al ingresar la referencialidad de la realidad a la retórica del poder, la colonización se hace argumentación basada en una concatenación isotópica para desarticular la intención primaria, es decir, el encadenamiento de significados a partir de una expresión, es distorsionado para manipular la significación, y con respecto a las

migraciones, las podemos establecer a través de las nominaciones de *refugiado* o *desplazado*; términos que en muchas condiciones enunciativas se convierten en formas despectivas para referirse a todos aquellos que nunca pierden su ciudadanía americana, aun cuando tengan que abandonar su lugar de origen.

He allí uno de los principios básicos de los discursos colonizadores en cuanto a la desincorporación de los sujetos de la ciudadanía sensible e incorporarlos a una anonimidad desde donde pierde toda vinculación con su mundo primordial y las bases de la cultura testimonial, siendo presa fácil de las manipulaciones y perversiones de las hegemonías del poder. Así las nominaciones de refugiado o desplazado invisibiliza al migrante para incorporarlo a una masa sin contenidos auténticos o valores propios, ubicándolos en una periferia donde las ciudadanía no existen, a menos que se plieguen a los lenguajes totalitarios y sacrifiquen su esencia individual.

O en otros momentos de la enunciación la presentación de los discursos colonizadores incide en la práctica política que manipula la circulación de la comunicación para remitir a la consolidación y hegemonía de un grupo, llevando implícita una persuasión efectiva a ser traducida en votos y participación electoral, como forma de conjurar –además de la represiva- las posibilidades de trasgresión o excepción de las estructuras del orden impuesto por los centros del poder en cuanto a la toma de decisiones o demarcación de la acción humana con respecto a la práctica social, quien en el fondo, es una práctica comunicativa.

Pero obviamente, si a este momento de la reflexión se ha insistido en el carácter dialéctico de la retórica a manera de circulación y acción comunicativa; es prudente señalar que esa misma dinámica configura espacios discursivos a manera de contraretóricas a partir de: “discursos que están en el origen de cierto número de actos nuevos de palabras (...) discursos que, indefinidamente, más allá de su formulación, son *dichos*, permanecen dichos, y están todavía por decir (Foucault, 1992, p. 26; resaltado en el original). De hecho esta particularidad sucede con la historia, las artes y todas aquellas expresiones contenientes en sí mismas de aspectos excluidos que vuelven desde las esferas periféricas para antagonizar con los centros, tanto de la significación como del poder.

2.- CONTRARETÓRICAS Y DISCURSOS EMERGENTES

Aun cuando en momentos los escribas de la historia o figurantes de las expresiones artísticas sesgadas, piensen que han logrado el cometido de seccionar los macizos culturales (Lotman, 2000), la dinámica cultural señala que esa existencia no es transitoria o desaparece bajo las exclusiones de los discursos del poder, sino más bien se convierten en referentes suspendidos en la cadena signifiante a la espera de ser convocados para articularse en función de las relaciones de significación y las lógicas de sentido articuladas desde los discursos de la descolonización. Siempre reconociendo que las relaciones de pluralidad son quienes establecen la unicidad dentro de los rasgos esenciales de la cultura en el progreso gradual de ésta a partir de la heterogeneidad y el sincretismo referencial.

Pero la práctica descolonial no se limita a archivar materia signifiante de la dialéctica cultural, sino a convocarla, hacerla pertinente dentro de un proceso contraretórico que pretende involucrar órdenes simbólicos extradiscursivos para la ampliación de las posibilidades de interpretación en contextos más amplios, al proporcionar los emplazamientos necesarios para formar parte de los enunciados y coexistir con base en el sujeto a través de la construcción de postulados subversores de los centros del poder. No se trata de la simple inclusión, sino más bien de la regulación de las relaciones de significación a partir de la proyección en un colectivo donde las individualidades no se invisibilizan, sino más bien, reafirman su presencia.

Lo que pone en evidencia la intención de un discurso contraretórico en torno a la búsqueda de la eficiencia, en aprehender argumentativamente una situación a constituirse de manera diferente y ser forma expresiva de quien interroga la formulación de valores mediante la inclusión de formas desplazadas para visualizar en el enunciado presente los procesos de transformación operados a través de esas formas. Un planteamiento específico sobre ello, la inclusión de las culturas originarias más allá del simple dato histórico o marcaje cronológico dentro de una época para periodizar los momentos históricos; imbuidas en la heterogeneidad cultural para la reivindicación de nuestras sociedades como espacios enunciativos de circulación referencial imprescindible para comprendernos profundamente americanos.

Ante esta reflexión se hace difícil pensar en la figuración de una contraretórica exenta de las intenciones de segmentación en su configuración referencial, pero esas inclinaciones argumentativas se disipan cuando surge un elemento fundamental en la

constitución de los discursos descolonizadores como prácticas retóricas en la construcción de representaciones icónicas o iconicidades para mostrar las diferencias y justificar la inclusión de los referentes del olvido segmentados por los discursos del poder. Siendo ese elemento de soporte el sujeto en sus interacciones desde los mundos primordiales y su conexión intersubjetiva con el colectivo, a manera de empatía cuestionadora de los principios excluyentes de los procesos hegemónicos del discurso de poder convencionalizado.

Desde esta percepción es necesario recalcar los discursos de la descolonización a razón de práctica teórica, soportando lo afirmado en Althuseer, puesto que “cae bajo la definición general de la práctica. Trabaja sobre una materia (representaciones, conceptos, hechos) que le es proporcionada por otras prácticas, ya sea ‘empíricas’, ‘técnicas’ o ‘ideológicas’” (1971, p. 137). Pudiéndose ubicar estos discursos a manera de recipiendarios de diversas instancias para configurar una compleja unidad de práctica retórica en función de la transdisciplinariedad; quien:

Concierne, como el prefijo “trans” lo indica, lo que *está* a la vez *entre* las disciplinas, *a través* de las diferentes disciplinas y *más allá* de toda disciplina. Su finalidad es la comprensión del mundo presente en el cual uno de los imperativos es la unidad del conocimiento (Nicolescu, p.35).

De igual modo en función de la transdisciplinariedad los discursos de la descolonización como contraretórica interesarán sus dinámicas por los niveles de acción en varias categorías de la realidad, y no solo en cuanto a la estructuración meramente discursiva, sino en la figuración simbólica emplazada entre lo continuo/discontinuo. Por lo que cabe referir la articulación de paridades oposicionales a manera de instrumentos de interpretación y su consiguiente transformación en nociones argumentales para constituir el acontecimiento retórico subversor de las estructuras establecidas. Un claro ejemplo de ello son las estructuras míticas contenidas a manera de principios fundantes de diversas locaciones americanas y su incidencia en el orden simbólico, memoria u otras formas de configurar las visiones de mundo o reconocimiento de realidades autóctonas.

Por ello la insistencia en las paridades oposicionales radica en la convalidación de referentes en su circulación entre centros y periferias para vincular su potencial subversor

en la constitución de interpretantes a partir de una instrumentación transformativa de las formas de procesamiento de los recursos argumentativos que permiten constituir los enunciados descolonizadores a manera de retórica emergente o contrasentido de los discursos de la colonización. Para lograr así insertarlos dentro de las relaciones de significación de una práctica social profundamente compleja, y al mismo tiempo, nutrirse de ella para configurarse dentro del acontecimiento retórico.

A este nivel de la práctica discursiva de la descolonización se devela la acción específica de la retórica emergente, quien no debe segmentar unidades, sino atribuir significación y operacionalidad significativa en diversas instancias, en las cuales podemos incluir la utopía y la ideología como elementos divergentes-convergentes dentro de la dinámica cultural americana. Oportunidad para pensar en una circulación de la significación no solo a nivel de la práctica social y su concepción ideológica, sino permitir la inclusión de cuestionamientos a esos espacios y prácticas, puesto que se está frente a prácticas transformativas del acontecimiento refrendado en estos discursos.

Pero obviamente el punto de partida siempre será el acontecimiento a razón de práctica social en el que la incidencia ideológica proveerá los criterios de conservación, resguardo, registro y circulación dentro de la instancia teórica para servir de parangón en la generación de otros discursos alternativos que complementan la generación significativa de propuestas emergentes sobre lo refrendado en los discursos establecidos en torno al poder colonizador. Sin embargo, la dinámica discursiva desborda la práctica social, o más bien, la interrelaciona con otros niveles de enunciación que permiten la inclusión de estructuras adicionales de los imaginarios: patémicos, míticos, artísticos, en los cuales, los sujetos enunciantes salen del anonimato para adquirir una ciudadanía retórica.

Ante tal circunstancia es preciso aclarar que esta consideración de ciudadanía retórica no se está utilizando para implicar una inexistencia, sino más bien, para reafirmar la constitución de los sujetos intervinientes en actantes, con todo el potencial adquirido por la figuración activa y transformadora de estos en los espacios discursivos como representación o alegoría de las realidades a ser deconstruidas para su posterior transformación. Y precisamente aquí opera el proceso de operacionalidad retórica de las paridades oposicionales, al articular con el resto de instancias los enunciados retóricos, en

los cuales se establecen unidades, operaciones, agrupaciones, distanciamientos y oposiciones entre los elementos.

Por lo tanto la eficacia de la práctica retórica no se encuentra en el enunciado como tal, sino en la creación de una metatextualidad; entendida esta en función de la interacción de diferentes textos en un mismo espacio enunciativo que constantemente genera significación. En tal sentido estamos frente a la articulación de la multiplicidad textual a partir de la activación de diversas formas de interpretación, las cuales, dinamizan la significación con la inclusión de lo simbólico a manera de orientación dialógica (Bajtín, 1934) en la construcción de argumentaciones que incluyen la lógica del sujeto frente a las lógicas del poder.

Al mismo tiempo esta orientación dialógica establece mecanismos de comunicación fundamentados en la interacción social dentro de la coexistencia de voces narrativas con base en la polifonía enunciativa, diversificando los sujetos enunciantes-interactuantes en la generación discursiva. Un ejemplo de ello lo tenemos en las retóricas de la descolonización cuando apelan a elementos excluidos en cuanto materia significativa que permite la convergencia de los órdenes simbólicos para crear la alteridad constituyente de la heterogeneidad creadora.

En vista de ello la figuración del mito cristiano en la fundación de una concepción monoteísta se ve trasvasada por la alteridad de la presencia aborigen, sus figuraciones politeístas y sus acercamientos desde las cosmogonías telúricas, desde las cuales, se invocan las especificidades originarias de los contextos americanos; generalmente desplazados por las retóricas del poder. A diferencia de las prácticas colonizadoras, los discursos de la descolonización se nutren del dialogismo ideológico-social y sus implicaciones en la coexistencia de ideologías diversas que residen tanto en los discursos enunciados como en los evocados a partir de las relaciones intertextuales.

Estas relaciones intertextuales permiten plasmar las connotaciones o ideologías adquiridas en la evolución de las comunidades mediante el acrecentamiento del orden dialógico de todo discurso, sea cual sea su naturaleza. Es decir, las prácticas discursivas dominan, se alían o enfrentan dentro de una coyuntura dada y en el seno de la formación social o ideológica, para configurar los enunciados retóricos en función de la heterogeneidad discursiva, que obviamente, es consustancial con la heterogeneidad cultural

representada por la multiplicidad de idiolectos, tradicionalmente excluidos por las retóricas del poder o el uso restringido como marcadores lingüísticos.

De modo accesorio, ya que se han referido las retóricas del sujeto en relación con los discursos de la descolonización, es imprescindible significar la importancia de la red intersubjetiva a manera de instrumento caracterizador de dichos discursos. En dicha red se precisa la presencia de los sujetos enunciantes en vinculación directa con los enunciados contruidos; involucrando a los interlocutores como materia significativa dentro de la heterogeneidad dialógica generada por la interacción discursiva.

De por sí, la insistencia en la heterogeneidad dialógica es porque ella genera comprensión a través de los enunciados retóricos, puesto que: “Toda comprensión es dialógica. La comprensión se contrapone al enunciado igual como una réplica se contrapone a otra en un diálogo, la comprensión busca para la palabra una contrapalabra” (Bajtín, 1981, p. 142). De esta forma los enunciados retóricos devienen de la contraposición de argumentos en la circulación de lógicas de sentido; esto es, de retóricas y contraretóricas generadas por una misma materia significativa.

Siendo necesario volver a referir el campo educativo como el más grande desafío planteado al hombre frente a sí mismo y los semejantes, puesto que, está demarcado por las contradicciones en el tránsito del sujeto entre centros y periferias; subjetivaciones y desubjetivaciones marcadas por la constitución retórica dentro de los principios de la acción humana e ideológica de los sujetos; en la creación incesante de nuevas nociones mediante la revisión de los referentes generados por la dinámica discursiva que nunca llega a agotarse; mucho menos, con la incorporación de nuevos interpretantes.

Con base en la referencia anterior hay que rescatar las nociones de tránsito, constitución retórica y revisión referencial para determinar las posiciones entre retóricas establecidas en la práctica ideológica-social y retóricas emergentes a razón de dinamizadoras de lo ya articulado para redimensionarlo hacia nuevos horizontes de interpretación o posibilidad argumentativa en la creación de lógicas de sentido alternativas a lo ya constituido. En lo cual, se puede inferir la inserción de posibilidades interpretativas dentro de la acción social y práctica comunicativa a manera de nueva lectura que posibilita la expansión de la práctica retórica en la generación e interpretación de nuevos discursos.

De allí que los discursos de la descolonización surgen en respuesta a la lógica del poder inquirida sobre la desubjetivación de los seres actuantes y su desincorporación de los planos de la enunciación tanto en el discurso, como en su referencialidad, ensanchada por la exclusión/sustitución de los interpretantes a razón de agentes dinámicos y de la comprensión de las realidades, mediante la objetualización de los acontecimientos para la construcción de un sujeto extraviado en los tránsitos de la historia y su correspondencia con la práctica social.

+

3.- RETÓRICA Y SENSIBILIDAD: LOS TRAZOS DEL NUEVO CAMINO

Si se apela a lo dicho, la dinámica retórica, aunque deviene de coyunturas diferentes, opera a través de relaciones de significación que permiten la interrelación de nociones constituidas, constituyentes y emergentes, coadyuvadas por el lenguaje, las materias significantes y los principios ideológicos. Obviamente determinadas por las prácticas retóricas de las posicionalidades enunciativas asumidas por los interpretantes, en donde la instancia ideológica puede desacreditar en su valoración ciertos discursos para relegarlos a instancias periféricas; negando su envergadura simbólica en la atribución argumentativa dentro de las retóricas del poder.

A este punto de la reflexión se debe reconocer el rasgo esencial de las retóricas del poder en torno a la complejidad inherente a las relaciones de significación y construcción de lógicas de sentido; rasgo que implica el reconocimiento de las instancias dominantes en su circulación, y desde allí, operar los principios de interpretación para articular las prácticas retóricas en su constitución dentro de lo establecido a través del lenguaje, la materia significativa y el repertorio conceptual a articular.

Al mismo tiempo es necesario puntualizar el tránsito de las retóricas emergentes o contraretóricas hacia retóricas del poder influidas por diversas causas, de las cuales, extraemos la ideología y la utopía, a manera de ejes temáticos para ejemplificar dichas prácticas discursivas. Comenzando por decir que ambas constituyen campos semióticos estructurantes de los discursos colonizadores y descolonizadores en la factibilidad de los lenguajes, discursos o materialidades significantes convocadas en el proceso de constitución de un enunciado retórico en las consiguientes transformaciones de éste en la elaboración de conceptos y argumentaciones retóricas.

Entonces la dialéctica entre retóricas y contraretóricas apunta hacia la recuperación de nociones e ingresarlas dentro de procesos de transformación, generalmente antagónica, que llevan a la definición de figuras retóricas en la medida que se producen las relaciones de significación en la constitución de paradigmas epistemológicos, figuración simbólica del lenguaje y materias significantes. La dialéctica retórica así descrita es práctica compleja que no sólo articula instancias significantes sino también tensiones y distensiones entre los elementos involucrados, para potenciarse dentro de las paridades oposicionales como generadores de interpretación en la definición de los conceptos, sus alcances, su pertinencia o su irrelevancia, los efectos buscados y los específicamente accidentales.

Por esta razón incorporamos en la dinámica de los discursos descolonizadores la utopía como resorte del signo (Barthes, 1978), en el cual el discurso de lo real se concretiza a través de lo simbólico y legitima, con la inclusión del sujeto, el vínculo estabilizador de las relaciones de significación, los principios discursivos a partir de la intencionalidad o voluntad utópica de los enunciantes como centro generador de significación y lógicas de sentido a través del elemento utópico que:

No solamente actúa como fuerza colectivizadora y con ello impulsora de actividad política, sino que subterráneamente enlaza entre sí las concepciones de la realidad de las distintas clases sociales. Es pues esta utopía, este punto de referencia extremo el que determina las preguntas que deben ser planteadas a los sucesos sociales. Aquí no sólo tienen su origen las ideas básicas que el hombre concibe con el fin de comprender los fenómenos sociales, sino también las variadas <<etapas existenciales históricas>> de diferentes grupos (Mannheim, 1971, p. 87).

Así pues la generación del elemento utópico es un complejo campo semiótico que permite concienciar mediante procesos muy diferentes al de la racionalización de la sociedad determinada por los grupos dominantes, siendo uno de los elementos fundamentales la apreciación del sujeto y la individuación como procesos iniciales en la generación de significación e inclusión de la subjetividad a manera de instrumentación reflexiva, en la cual, la voluntad se hace aspecto determinante en la construcción de las representaciones de la realidad o formas de leer el mundo. De este modo, lo precisa Henríquez Ureña, en cuanto a la utopía en su forma consustancial; la espiritualidad:

Si el espíritu ha triunfado en nuestra América, sobre la barbarie interior, no cabe temer que lo rinda la barbarie de afuera. No nos deslumbre el poder ajeno: el poder es siempre efímero. Ensanchemos el campo espiritual: demos alfabeto a todos los hombres; demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía (1985, p. 6).

La dialéctica utópica implica la contención de los procesos de subjetivación a razón de práctica discursiva en el sostenimiento del sujeto no sólo en las posicionalidades enunciativas, sino en los escenarios de reconocimiento de sí mismo y de los otros, lo que provee formas particulares de proponer posibilidades de interpretación e inclusión, pues: “Es el pueblo que inventa la discusión; inventa la crítica. Mira al pasado y crea la historia; mira al futuro, y crea las utopías” (Henríquez, 1985, p. 7). En todo caso, la utopía se convierte en “Órgano metódico para lo nuevo, fundamentación objetiva de lo que está por venir” (Bloch, 1977, p. 117).

E indudablemente dentro de la contención de los procesos de subjetivación surge la función utópica para articular rigurosas formas de interpretación en cuanto a la voluntad del hombre y su figuración activa dentro de los procesos de transformación dentro de la heterogeneidad cultural más allá de las apariencias y superficialidades argumentales; puesto que:

Tras el fin de las ideologías de clase, para las que sirve solo de decoración, la cultura no experimenta otra pérdida que la de la decoración misma, de la armonización falsamente acabada. La función utópica arranca los asuntos de la cultura humana de este lecho corrompido de la mera contemplación; y abre así, desde cumbres verdaderamente escaladas, la visión no falseada ideológicamente del contenido de la esperanza humana (Bloch, 1977, pp. 117-118).

Lo anterior hace suponer la superposición de capas decorativas, superfluas sobre la cultura testimonial por parte de los discursos del poder para desvanecer su esencia y potencialidad reivindicativa de los pueblos, convertirlos en exclusión o periferia para el reacomodo de la historia en la funcionabilidad de los ideogramas a manera de

instrumentos de alienación y consolidación de los discursos totalitarios-hegemónicos. Así la cultura es maquillada para su deformación y usufructo por los centros del poder colonizador que ha traspasado las fronteras históricas desde la invención de América para trasplantarse bajo otros mecanismos, medios e instrumentos, hoy día, representados por la ciencia y la tecnología.

Pero lo cierto es que la incorporación de lo sensible-afectivo comporta cambios en las formas de enunciación-argumentación, al mismo tiempo que reivindica al sujeto como agente dinámico en el forjamiento de su propia historia y construcción de sus espacios sociales, siempre sosteniendo su esencia pasional en la constitución de los ejes de significación:

Así como no hay impulso que permanezca invariable, así tampoco lo que le sirve de soporte. Aquí no hay nada que esté dado ya de una vez y para siempre, p. ej., en los orígenes, sino que precisamente nuestro ser mismo no nos es dado de antemano. Al existir un cambio histórico (de las pasiones, de tal manera que surgen pasiones nuevas con nuevos Objetivos, cambia también el lar subjetivo en las que todas se cuecen. No hay ya ni un impulso «primario», como no hay tampoco un «hombre primario» o un «viejo Adán». La supuesta «naturaleza del hombre», en el sentido de la rígida ciencia de los impulsos fundamentales, ha sido recriada y rehecha cien veces en el curso de la historia (Bloch, 1977, p. 50).

Si algo niegan las retóricas de la colonización son las pasiones y la subjetividad por atender contra los perfiles objetivos que deben considerar las argumentaciones en su afán de adoctrinar e institucionalizar el conocimiento; de allí la deshumanización de los grandes protagonistas de la historia en su revestimiento de matices sobrehumanos para alejarlos de la cotidianidad y arraigarlos en los olímpos históricos, en los cuales se convierten en dioses perfectos e impolutos. Así las retóricas de la colonización niegan los afectos en procura de la desubjetivación y anonimato de los sujetos en medio de las culturas foráneas como los únicos paradigmas a seguir para el desarraigo de los mundos primordiales, haciendo al individuo apático frente a su mundo íntimo.

Desarticulado de la esperanza, castrado en su nostalgia el sujeto se deja arrastrar por las retóricas de la colonización, limitándose en sus deseos y aspiraciones, entregándose

resignadamente frente al peso de la historia y sus dictámenes lapidarios e inamovibles como lastres que lo anclan a la desesperanza, la abulia, el abatimiento. Espacios en los cuales la utopía es referida como el no lugar que jamás se concretará, la ilusión nunca hecha realidad para ser condenada a una retórica de la inanición, desperdicio y desprecio; de allí la introducción de aseveraciones erróneas sobre el uso del término romántico; más aún en América.

Pero desde la retórica de la descolonización la nostalgia es el afecto suspendido en el tiempo y el espacio, y específicamente en América la construcción de la historia sufre drásticas modificaciones cuando se escribe a partir de la nostalgia, o en su defecto, desde la crasa objetivación de acontecimientos; al incidir desde la acción nostálgica, el tránsito simbólico desinhibido de los efectos del discurso del poder en su conversión en subjetivemas². En tal sentido, al estar constituida por subjetivemas, la nostalgia forma parte de la demarcación de los procesos subjetivantes de los discursos:

El afecto que así surge se llama nostalgia; es, en su propio sentido, un anhelo tan provocado como intercambiado por la lejanía. La nostalgia no se debe solo al enojo que provoca la falta de los objetos acostumbrados, sino que además de la nostalgia debida a la pérdida del mundo de sensaciones acostumbrado hay también la nostalgia productiva, la que colorea e incluso hace utópico-extrayendo de él nuevas facetas el ambiente abandonado, largo tiempo experimentado embotadamente. En este caso la nostalgia está sustentada por una imagen desiderativa igual a la de la lejanía antes de empezar el viaje y durante él. Y está sustentada por el mismo recuerdo, a veces inexacta, pero a veces exactamente idealizado, que completa después el viaje mismo y que caracteriza en lo exótico los países utópicos (Bloch, 1977, p. 280).

Al realizar esa tipificación de la nostalgia en la articulación del tránsito simbólico, está implícita la creación de relaciones de significación que giran en torno al sujeto, quien construye lógicas de sentido en las cuales la sensibilidad reflexiva juega un rol preponderante en la reafirmación de la necesidad de revisar la historia y sus comportamientos sociales a través de una historia de la humanidad, o más bien, en una

² La noción de subjetivema está aquí indicada a través de “la construcción simbólica que crea una territorialización de la sensibilidad a partir de la función existencial para posibilitar la intersubjetividad entre los sujetos enunciantes-atribuyentes” (Hernández, 2015: 180).

historia más humana. Mediando entre las posibilidades argumentativas de las alternativas de objetivación, la potencialidad subjetiva como principio dialéctico de conformación discursiva o retórica contracultural.

Lógicamente, ese debe ser uno de los principios estructurantes de la retórica descolonial para en realidad constituirse en contraretórica de los discursos del poder colonizador y no sustentarlo a partir de institucionalizaciones o prácticas gubernamentales, por ello la interrogante a manera de premisa realizada al inicio del trabajo, e intentar puntualizar en el carácter subversor de estos discursos como retóricas emergentes y emergidas de espacios de renovación, devenidas de los espacios de cuestionamiento, crítica y autocrítica para enrumbar nuevos horizontes de interpretación en la propuesta de alternativas para el entendimiento dentro de los sincretismos culturales.

De esta forma no se trata de decretar a través de escuelas o institutos la descolonización sino hacerla ciudadanía sensible para lograr a través de ella sujetos comprometidos con su entorno, capaces de colonizar sus países y continente con sus propios habitantes en cuanto figuraciones discursivas propias sin tener que apelar a lo foráneo o lo detentado en las relaciones de producción económica y sociedades del consumo. Se trata de un proceso de concienciación sin fanatismos ni radicalismos, sin desplazamientos a ultranza de símbolos heredados de la cultura del conquistador, porque ello forma parte de un proceso complejo que exige reconocimientos a la hibridación cultural.

Por lo que hoy día podemos apreciar experiencias de sustitución de la simbología colonial, o de los rostros de los libertadores en intentos por fundar una neohistoria sin los lastres del colonizador y en apariencia mucho más cercana a los intereses del pueblo. Pero no se toma en cuenta que por diferentes factores, esa simbología se ha arraigado en las comunidades; de alguna u otra manera, forma parte de un patrimonio subjetivo colectivo muy difícil de borrar por vía del decreto o sustitución de estatuas, parques o lugares; aún más, con respecto a los rostros de los héroes, y del Libertador Simón Bolívar, en específico, este reconoce en carta enviada al general Sir Robert Wilson, desde el Potosí, el 29 de octubre de 1825, la autenticidad de una iconografía, hoy ignorada para presentar una imagen profundamente ideologizada: “Aprovecho esta oportunidad del bravo general

Miller que marcha a Europa, para escribir a Vd., e igualmente me tomo la libertad de dirigir a Vd. un retrato³ mío hecho en Lima con la más grande exactitud y semejanza”.

Indudablemente estas acciones en nombre de la descolonización crean conflictos entre lo ideológico y lo subjetivo, acarreado rechazos generalmente dirimidos en el campo político-partidista, en el cual pierde toda concepción reivindicativa para convertirse en neoretóricas colonizadoras con simples cambios de los agentes colonizadores, puesto que la intención sigue siendo la misma., aleccionar por vía de fuerza e imposición; nunca mediante procesos de concienciación desde donde los sujetos puedan apreciar y asumir posturas descolonizadoras dentro de la dialéctica de la heterogeneidad cultural. Respecto a ello, es importante reconocer que nunca habrá discursos de la descolonización cuando se pretenda la sustitución del sujeto por preceptos ideológicos mediante la conculcación de sus más profundos intereses subjetivos y formas de reconocimiento a partir de la autenticidad de los pueblos concebida en la hibridación cultural.

En este sentido, ciencia y tecnología son los grandes discursos colonizadores de la actualidad, los soportes de las retóricas que día a día subsumen a los individuos en el consumismo y la desobjetivación como campos fértiles para la consolidación de los centros del poder hegemónico. Produciéndose un interesante fenómeno con respecto a los mundos íntimos de los sujetos a través de las llamadas redes sociales, con la exposición de *la intimidad como espectáculo*, “Así es como se ha desencadenado un verdadero festival de "vidas privadas", que se ofrecen impudicamente ante los ojos del mundo entero. Las confesiones diarias están ahí, en palabras e imágenes, a disposición de quien quiera husmear; basta apenas con hacer clic” (Sibila, 2008, p. 32).

Las formas discursivas de la tecnología en la creación del ciberespacio aglutinan seres desobjetivados, quienes desde la mediación de la red indagan sobre los mundos íntimos de los demás para convertirse en veedores de la vida de los otros, orientando sus energías e intereses a la creación de imaginarios cibernéticos en los cuales lo íntimo se hace una nueva y degenerada manera de ficcionalizar, de fabular en los desplazamientos/sustituciones del sujeto en medio de la invención intrascendente:

³ Este retrato se encuentra en Chuquisaca, puesto que fue regalado por el coronel Belford Wilson al general Ballivián, presidente de Bolivia. En el Palacio Federal de Caracas existe otro, enviado por el Libertador Simón Bolívar a su hermana María Antonia.

Aprovechando ventajas como la posibilidad del anonimato y la facilidad de recursos que ofrecen los nuevos medios interactivos, los habitantes de estos espacios montan espectáculos de sí mismos para exhibir una intimidad inventada. Sus testimonios serían, en rigor, falsos o hipócritas, o por lo menos, no auténticos. Es decir, engañosas autoficciones, meras mentiras que se hacen pasar por supuestas realidades, o bien relatos no ficticios que prefieren explotar la ambigüedad entre uno y otro campo (Sibila. 2008, p. 36).

Lo más cierto es que se construyen identidades trasplantadas para mediar entre la realidad y los espacios en los cuales surge el 'sujeto virtual' quien desplaza al sujeto 'real' hacia escenarios del autoengaño, la cosificación, o el olvido sistemático de conexiones e interrelaciones con las manifestaciones culturales contentivas de la referencialidad para su autoreconocimiento como agente de transformación en sí mismo y para los otros. Irguiéndose estas identidades trasplantadas en agentes de una nueva colonización-sumisión ante los intereses del poder hegemónico al mantener a los internautas, cibernautas o de la manera como se les quiera nombrar, sostenidos en mundos del artificio donde pueden construir un sinfín de perfiles emulando las celebridades y las visiones paradigmáticas de estas construidas por la sociedad mercantilista.

Ante estos usos y conversiones de la cotidianidad frente a las modernas retóricas de la colonización; la vida, junto a los mundos íntimos de los sujetos es desvirtuada para ser convertida en espectáculo, distrayendo atenciones hacia la banalidad y dejando el camino libre a la dominación; abonando terrenos cada vez más fértiles para la implantación de valores culturales foráneos que respondan a los intereses mercantilistas de las clases dominantes.

Ahora bien, en este aspecto es primordial aclarar que no se trata de demonizar las redes sociales o menospreciar el uso de la Internet a manera de herramienta para la difusión e intercambio de información. Ella sigue siendo un medio que dependerá del enfoque a dársele según los propósitos a lograr; así, perfectamente es un gran espacio para hacer circular el discurso descolonial y proponer dentro de la llamada cibercultura otras alternativas de interpretación de los diferentes fenómenos de la heterogeneidad cultural y

sus acercamientos en función del sujeto representado en sus potencialidades que otorga la subjetividad reflexiva.

Por ello es importante retomar los planteamientos del maestro venezolano Luis Beltrán Prieto Figueroa, quien bajo la figura del *humanismo democrático* propone el uso y la práctica de la tecnológica en torno a la relación entre el mundo del sujeto con el mundo de las cosas, ya que:

El hombre sigue siendo la medida de todas las cosas. Estas existen y tienen valor por cuanto sirven para satisfacer necesidades del hombre, pero de un hombre miembro de la colectividad y como tal, ligado a esta, con sentido de totalidad para realizarse dentro de ella (1988, p.239).

La incorporación al colectivo a través de la concienciación de ideales comunes representa la visualización de la intersubjetividad en la redefinición de las fronteras dentro de espacios profundamente democráticos, equitativos y de participación por ciudadanías fundadas en las bases estructurantes de las colectividades; así:

El “humanismo democrático”, entre sus objetivos, contiene la idea del dominio de las técnicas requeridos por la época para un trabajo productor. Advertimos que no sería posible hablar de una cultura para las masas sin pensar en una forma de actividad técnica, que ponga al hombre a tono con su época (Prieto, 1988, p. 249).

Precisamente el ejercicio de la técnica intermediado por la intersubjetividad y concienciación del hombre de su papel protagónico dentro de los espacios socioculturales es una herramienta de indudable valor para la autodeterminación de los pueblos en función de sus patrimonios y estructuras testimoniales. Entonces, podemos hablar del forjamiento de una ciudadanía en los valores tanto individuales como colectivos que vaya mucho más allá, de la simple norma jurídica o el derecho conferido por nacer en un lugar determinado; se trata de concepciones de ciudadanía en torno al compromiso de sujetos formados y sensibilizados para la transformación; no simples bárbaros ilustrados que reproduzcan las formas cortesanas del poder:

Formar ese hombre común y corriente, poseído de su papel de hombre por encima de todas las cosas –ya que no se alcanza la categoría esclarecida del ciudadano, sino a

condición de que el individuo humano haya alcanzado su plenitud de desarrollo- y lograr su desenvolvimiento armónico es función de un Estado democrático, regido por normas de libertad y respeto que es el objetivo final de toda actividad de gobierno. El poder no puede servir sólo como fuerza de coacción, sino que hoy se le considera como una fuerza al servicio del hombre y la cultura (Prieto, 1988, p. 253).

Por lo que surge el elemento fundamental de la concienciación en la formación de esos sujetos sensibilizados: *la educación* enfocada en propuestas pedagógicas emergentes, soportadas en hermenéuticas del sujeto que permitan la reinención de individuos y contextos a través de la sensibilidad dispuesta alrededor de los valores auténticos de la cultura redimensionada en la dialéctica: hombres-pueblos.

4.- BIBLIOGRAFÍA

Albaladejo, Tomás (2013) «Retórica cultural, lenguaje retórico y lenguaje literario», TONOS Digital, 25, pp. 1-21.

Althusser, Louis (1971) “Sobre la dialéctica materialista (de la desigualdad de los orígenes”, en *La revolución teórica de Marx*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Barthes, Ronald. (2009) “Retórica de la imagen”, en *Lo obvio y lo obtuso*. Barcelona: Paidós,

_____ (1978) *Barthes por Barthes*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Bajtín, Mijaíl (1991) *Discours in the novel. The dialogic imagination*. Austin. University of Texas Press.

Debord, Guy (1964) *La sociedad del espectáculo*. París: Champ Libre.

Foucault, Michel (1992) *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets.

Henríquez Ureña, Pedro (1985) *Utopía*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Hernández Carmona, Luis Javier (2015) El subjetivema y la construcción de imaginarios socioculturales. *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*. (21). pp: 179-197.

- Lotman, Iury (2000) *La semiosfera III: Semiótica de las artes y de la cultura*. España. Ediciones Cátedra.
- Nicolescu, Basarab (1996) *La transdisciplinarietà*. París: Ediciones Du Rocher.
- Prieto Figueroa, Luis Beltrán (1988) *Tejer y Destejer*. Caracas. Academia Venezolana de la Historia.
- Sibila, Paula (2008) *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.